

## Capítulo I

**Q**uizá mi historia no sea una historia original, o tal vez sí, pero lo que es seguro es que se trata de la historia de un periodo de mi vida que no busqué, sino que salió a mi encuentro, y que produjo un cambio en mi interior, una metamorfosis que nunca hubiera creído experimentar. Transcurrida en un corto espacio de tiempo, apenas un año, fue de tal intensidad que nada de lo que yo conocía fue ya igual.

Para empezar, debo remontarme casi cinco años atrás, cuando la que había sido mi trayectoria vital, firme y segura, se empezó a tambalear al caer mi padre enfermo. Él era, en ese momento, uno de los hombres más importantes para mí, junto con mis hijos y mi marido.

Con las enfermedades te ocurre lo mismo que con la lotería o los accidentes, siempre piensas que le toca a otro. Pero esta vez no, y mi pobre padre había conseguido un pleno: cáncer.

Una palabra que aterroriza con sólo pronunciarla. Recuerdo que cuando iba camino del hospital en donde el médico nos iba a comunicar el diagnóstico, caminando por el bulevar en ese día de enero madrileño, pensaba que si me decían que era

eso, un tumor maligno, debía ser valiente, por él y por mi madre. Por eso, cuando los labios del médico pronunciaron la temible sentencia sólo pude apretar muy fuerte la mano de mi madre y contener las lágrimas. Nada te prepara para afrontar esta clase de experiencias, por mucho que en los demás lo veas, como no hay nada que no se pueda aguantar. Lo bueno —o, quizá, lo malo, no lo sé— de la vida es que, cuando las cosas se te vienen encima, casi nunca existen burladeros donde refugiarse. Se manifiestan así, de sopetón, a pesar de que nos rondan las sospechas. Nada tiene que ver la realidad con lo que creemos que será.

Los acontecimientos se sucedieron sin tregua. La operación a vida o muerte, las palabras del cirujano diciéndonos que, prácticamente, estaba casi desahuciado, pues había muy pocas posibilidades de que sobreviviera; las miradas dolientes de mis hermanos, preguntándose qué hacer. Y días y días de hospital, durante los que mi padre se recuperó de una forma totalmente inesperada, contra todo pronóstico, y la parca le prorrogó el contrato casi cinco años.

Pero, por primera vez, parecía que la mala suerte, o la suerte, que a todos llega, nos había tocado con su mano siniestra. Por primera vez, el talismán de creer que la vida es bella no había funcionado.

Habíamos pasado momentos duros, como todas las familias, pero siempre estaba mi padre como sostén. En cambio, ahora, verle a él, tan indefenso, cosido como el caballo de un picador tras una cornada casi mortal, removía todos nuestros cimientos.

Y, a pesar de todo, conseguíamos mantener el buen humor, no sé si fruto de la inconsciencia de no querer abarcar el problema en su justa medida o, simplemente, como un recurso de supervivencia, ante la posibilidad de... Ni siquiera nos atrevíamos a pronunciar la palabra muerte. La misma noche en que

mi padre se debatía por sobrevivir en la UCI, los cuatro, exhaustos y sin apenas aliento, agotados de contener las emociones después de nuestra entrevista con el cirujano, hicimos el «pacto de lobos» de mantenernos unidos, sin fisuras y sin que ninguna discrepancia rompiera la armonía, ya que nuestro único objetivo debía ser la salud de nuestro progenitor. Qué poco sabíamos que estábamos en el principio del fin.

Debo decir que somos cuatro hermanos, muy distintos, pero con puntos concomitantes; el principal, el sentido del humor. Mario, el mayor, es serio, responsable y, sobre todo, muy orgulloso. A veces, esa autosuficiencia le hace caer a los ojos de los demás antipático, pero en el fondo esconde un corazón de oro, envuelto en un sarcófago de piedra. Lucía, la segunda, es mandona, inteligente, trabajadora y, sobre todo, resolutiva. Estando ella, las cosas funcionan a las mil maravillas, aunque a veces le cueste calzarse los galones y se muestre un tanto acelerada. Yo soy la tercera, mucho más vulnerable que cualquiera de los otros, pero disfrazada a veces de sarcasmo e ironía, que esconde en el fondo un gran afán de ser querida. Y, por último, Álvaro, el pequeño, un calco físicamente de mi padre, y que conjuga varios puntos en común con todos nosotros.

Para mí, mi dios era mi hermano Mario. Guapo, alto y triunfador. Recuerdo, cuando éramos adolescentes, que las chicas le llamaban a casa y a mí me encantaba hacerle rabiarse, diciéndoles secretitos. Tampoco puedo olvidar el día en que se casó. Lloré como una magdalena, viéndole en el altar, vestido de chaqué.

Perdón, creo que en este fárrago de presentaciones no he dicho mi nombre. Me llamo Marta, Marta Nogales García.

Para el lector que tenga esta novela, que habrá llegado a sus manos de mil maneras — quizá un regalo o, simplemente, la compró para pasar el rato — y se encuentre en este punto,

puede haber anidado en él el recelo de pensar que va a enfrentarse a otro relato intimista, en el que se narran las vicisitudes de una saga donde los personajes afrontan toda una inacabable gama de infortunios. Sí, algo parecido a lo que nos tienen acostumbrados en esas telenovelas inacabables, en las que la protagonista pasa por tremendos sucesos, en una cascada de penalidades.

Bueno, podría haber sido así, pero realmente no lo es. Lo que aquí comienzo a escribir, un día a principios de enero, viendo la sierra de Guadarrama desde donde estoy sentada, cabría en la vida de muchas personas. No somos tan diferentes y los sentimientos que nos mueven son casi siempre los mismos: amor, ambición, soledad. Y suelen dar lugar a hechos muy parecidos. Tal vez no sucedan habitualmente en un espacio de tiempo tan corto como el que les voy a narrar, pero si dedican un minuto a repasar su existencia o la del alguno de sus conocidos, seguro que encuentran algún nexo en común.

Pero volvamos al día en que supimos que nuestro padre, el patriarca de la familia, como los césares, era mortal y había sido tocado por el dedo de la enfermedad.

Siempre he creído que hay un día, en la vida de toda persona, en el que sucede un acontecimiento que marca un antes y un después. Y, para mí, fue esa noche fría de enero, sentada en uno de los sillones de escay de la inhóspita sala de espera, en la que los minutos se transformaban en horas, mientras esperaba el resultado de la grave operación.

Dicen que cuando vas a morir, tu vida pasa como una película. También sucede cuando estás esperando el desenlace de alguien que quieres. En las cuatro horas y media que duró la operación, veía a ráfagas escenas de mi niñez, de mi adolescencia, en las que mi padre y yo compartimos momentos inolvidables. Me volví a ver con un impermeable de color rojo,

con las katuskas a juego, paseando por la alameda cercana a la casa de la sierra, una fría tarde de otoño. Mi mano pequeña quedaba envuelta por la suya, de dedos largos, pero fuertes, mientras me contaba cómo se habían formado las montañas que elevaban sus picos contra el cielo.

—Mira, mi niña, esa se llama la Mujer Muerta —mientras, me señalaba la alineación montañosa, en la que destacaba el pico de La Pinareja—. Cuenta la leyenda que esas moles son el resultado de la transformación que experimentó el cuerpo de una doncella que murió del mal de amores, cuando su caballero partió para la guerra y olvidó cumplir la promesa de volver junto a ella.

Yo seguía con el índice de mi mano libre el contorno de ese cordal que asemeja el cuerpo de una mujer dormida o tal vez muerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y cubierto su rostro por un velo.

—Papá, ¿se puede morir de amor? —recuerdo que le pregunté con el candor de una niña de ocho años.

—Por amor, tesoro, se puede hacer cualquier cosa —me contestó entonces, con una voz un poco hueca, que el aire del otoño arrastró—. Morir... y hasta matar.

Muchas noches, en ese pequeño intervalo que antecede al sueño, a oscuras y con el único sonido de la respiración de mi hermana en la cama contigua, creí ver a esa hermosa mujer, que prefirió morir de amor que vivir sin él. La imaginaba alta, bella, pero con los ojos tristes de haber derramado tantas lágrimas por su caballero ausente, hasta que un día, cansada de tanta pena, se echó a dormir y se transformó en montaña.

Tengo la certeza de que esa fecha, cuando los minutos parecieron siglos y la vida de mi padre se enredaba en las manos del cirujano, fue, por tanto, mi antes y mi después, el comienzo del cambio que ha sacudido mi vida y la de los